

dieron centenares de miles de años a las civilizaciones más remotas, lo que hemos heredado de ellos está, por así decir, hondamente enterrado en nosotros, fuera del alcance de nuestro racionalismo escéptico. A despecho de nuestra repulsa del lejano pasado y de nuestra encumbrada *hybris* (o quizá a causa de ello), somos hombres obsesionados.

Entre las ideas que nos obsesionan—ideas de las cuales podremos burlarnos, pero que no nos dejarán, ideas que a menudo prometen una felicidad misteriosa, cuando todo lo demás parece fallarnos—, se encuentra esta del Gran Tiempo, el tiempo del sueño mitológico, el cual está detrás y por encima y es cualitativamente diferente por completo del tiempo ordinario. Ya no creamos con él ningún gran sistema central. No le permitimos que forme y guíe nuestras vidas. Ha menguado y ahora parece pequeño y raído, un tanto risible; pero las burlas no pueden expulsarlo de la existencia, se niega a marcharse.

Así, quizá encogiéndonos de hombros y sonriendo ante nuestra locura, nos volvemos hacia

esta idea del Gran Tiempo—con la esperanza de conseguir alguna relajación—, cuando lo que ha sucedido en el tiempo que pasa (realmente todo lo que tenemos, todo lo que sentimos) nos ha dejado malparados y conmovidos. De hecho es en la novela y el drama, como entretenimiento popular y elemento de relajación, donde encontramos estas antiguas y obsesionantes ideas.

De este modo, los héroes más conocidos de las novelas detectivescas y sus ayudantes no existen con nosotros en el tiempo que pasa. Los Perry Mason, Della Street, Paul Drake, de Erle Stanley Gardner, por ejemplo, han conservado la misma edad durante más de treinta años. Tales personajes, pertenecientes a su propia clase de mitología, viven como los dioses y héroes del hombre primitivo en el Gran Tiempo. Algunos novelistas populares, resueltos a desafiar esta antigua tradición y a mostrarse realistas, han permitido a sus héroes permanecer en el tiempo que pasa y envejecer al mismo tiempo que sus lectores; pero lo han sentido. Por eso Agatha Christie, haciendo enve-

jecer primero y retirando después a su detective Hércules Poirot, pronto tuvo que conjurarle fuera de nuestro tiempo para meterle en el Gran Tiempo, donde permanece ya envejecido, pero sin envejecer un día más.

La idea del tiempo del sueño eterno nos obsesiona de diversas y curiosas maneras, moviendo las mentes y los actos de hombres que negarían tajantemente haber abrigado jamás ideas tan absurdas. Podemos tomar dos ejemplos de los impresionantes gigantes del Oeste y el Este. Existe en Norteamérica, especialmente entre hombres que han triunfado en el terreno comercial, pero que se sienten agobiados, el mito del retorno a la pequeña aldea nativa, para volver a pescar como lo hacían de niños. Y aquí, apenas disfrazado, con solo el barniz de realidad suficiente para eludir la befa, está el anhelo de escapar al tiempo que pasa, para entrar en el tiempo del sueño eterno, donde no hay Wall Street, ni Madison Avenue, ni úlceras, ni elevada presión arterial, donde las pequeñas poblaciones nativas permanecen inmutables y los hombres-niños pescan eternamente.

Tras el telón de acero, aunque las exigencias de la tecnología son muy semejantes, de modo que los hombres son también cada vez más sombríamente conscientes del tiempo que pasa, la antigua y obsesiva idea adopta una forma diferente. Muchos comunistas rusos, austeros e inflexibles en apariencia, aspiran en lo más recóndito de su corazón no solo a una sociedad materialmente mejor que la que ya conocen, sino también a un futuro inmediato, a la vuelta de la esquina (donde estará siempre), diferente por completo a cuanto el hombre haya conocido nunca. Y lo que está esperando, aunque no quiera (probablemente no pueda) admitirlo jamás, es que, por alguna suerte de magia, nacida quizá de un vasto deseo comunal, el tiempo que pasa se transforme en el tiempo del sueño eterno.

Talla javanesa del siglo IX, que representa a un dios hindú del Tiempo. Ese dios es conocido con el nombre de «El Negro», y, como el dios griego Cronos (identificado con el Tiempo), que devoraba a sus hijos, y se le vio como a implacable destructor del universo.

Pero, a despecho de sus ceremonias de iniciación, extraños ritos, objetos sagrados, superstición e ignorancia, el hombre primitivo estaba mejor informado, creyendo como creía que, en el tiempo ordinario y carente de significación, un hombre no puede volver a su pasado, como sueña el americano, ni esperar un futuro mágico, como hace el ruso. Creía que el Gran Tiempo, el tiempo del sueño eterno, lleno de significación y perdurable, está aquí con nosotros, si no nos cegamos deliberadamente ante él, y está pronto a darnos valor y fortaleza.

## 2. Mesopotamia y Egipto

Cuando pensamos en las civilizaciones más antiguas, representadas aquí por Mesopotamia y Egipto, me parece que se exige de nosotros un esfuerzo de imaginación mayor que cuando tratamos de comprender al hombre primitivo. Ahora hemos dejado a los grupos aislados o tribus de cazadores, y estamos considerando grandes sociedades ordenadas, prolijamente organizadas, capaces de construir y administrar ciudades, y, como en Egipto, de erigir grandiosas estructuras, que, después de millares de años, todavía se cuentan entre las maravillas del mundo. Por eso, nos resultará difícil creer que los constructores de las pirámides de Egipto o los astrónomos de Mesopotamia no estuviesen mucho más cerca de nosotros en su modos de pensar que de los hombres primitivos.

Como ya hemos visto, sabían medir el tiempo. Por tanto, tenemos la impresión de que sus ideas sobre el Tiempo no pudieron diferir mucho de las nuestras, y cuando se nos dice que, de hecho, sus ideas fueron completamente distintas, empezamos a preguntarnos, no sin cierto sentimiento de irritación, qué margen hemos de conceder a la mera fantasía y *afectación*. Y entonces nos equivocamos gravemente.

Volveremos a ocuparnos de esto, pero ahora debo insertar aquí una interrogante privada, una duda, respecto al antiguo Egipto. Durante tres mil años—experimentando algunos levantamientos, pero disfrutando en general de tranquilidad—conoció un curso de vida firme y continuado y una ausencia de ansiedad que no puede mostrarnos ninguna otra civilización. Pese a su extraordinaria preocupación por la muerte y la posibilidad de vida más allá de la tumba, así como a cierta lóbreguez oficial, sus gentes parecen haber sido muy trabajadoras, animosas, alegres y vivaces, afi-

